

El renacimiento de la

Zona Cero

Cuarta Entrega
NEW YORK TIMES

Ya debería estar concluido. Cinco años después del ataque, ha habido mucho tiempo para reflexionar y planear, para echar el hormigón y armar el acero, para construir nuevos edificios de oficinas y un monumento apropiado para aquellos que murieron en las Torres Gemelas el 11 de septiembre del 2001.

Se necesitaron solamente 10 meses para remover los escombros que cubrían el profundo hoyo de siete pisos de los cimientos del Centro de Comercio Mundial. Pero hoy en día, excepto por una temporaria estación de trenes y algún trabajo de construcción preliminar en el fondo de ese hoyo, el centro de la Zona Cero se parece mucho a como estaba en el 2002.

Los principales protagonistas –los políticos, las agencias de desarrollo, los arquitectos y el arrendatario del lugar, Larry Silverstein– han trabajado sin descanso y no siempre manteniendo un diálogo de sordos, para devolverle la vida a esa elipsis en el “Lower Manhattan”.

¿Qué anduvo mal? Hubo problemas desde el comienzo: el gobernador de Nueva York, George Pataki, les quitó a los funcionarios de la ciudad el control del lugar; Silverstein inició juicio contra sus compañías de seguros, por pagos demorados; los residentes locales armaron un eficaz grupo de presión que podría haberse denominado “noenmipatrotasero” para limitar el tamaño del monumento; y las familias de los muertos se organizaron para recordarle a todo el mundo que los 16 acres del sitio eran terreno sagrado.

Dramático, sí. Y en el caso de los reclamos de las familias, sin precedentes. Pero este tipo de conflictos forma parte del desarrollo de la ciudad de Nueva York, evidencia de un proceso familiar y rencoroso, plagado de intereses egoístas, a través del cual la ciudad siempre ha podido reproducirse a sí misma. Como cualquiera puede verlo en la evidencia de los edificios recor-

Un arquitecto estadounidense, de origen polaco, fue quien ganó en 2003 el proyecto para la nueva construcción. Sin embargo, a la fecha aún están por definirse algunos aspectos importantes relacionados con el monumento dedicado a las víctimas y con los edificios que se levantarán en el sector

SE ESTIMA QUE LAS NUEVAS OBRAS ESTARÁN CONCLUIDAS PARA EL DÉCIMO ANIVERSARIO

1
MIL
Millones de dólares podría costar el monumento a las víctimas.



tados contra el horizonte, la ciudad funciona bastante bien.

Un factor que ha retrasado la reconstrucción de Zona Cero, mucho más que la conducta de sus protagonistas, fue importado de Washington: el imperativo de una respuesta heroica, simbólica.

Nueva York es la ciudad más importante de Estados Unidos, pero también es un lugar aparte. Es una ciudad de comercio, y sus símbolos nativos la Bolsa de Valores, el rascacielos Empire State– se refieren a esa herencia. Pero en el período subsiguiente al 11 de septiembre, a Nueva York se le pidió que diera forma a un desarrollo edilicio que encarnara los ideales del resurgente nacionalismo norteamericano. La ciudad nunca antes había concebido un monumento a la gloria de la nación; la Estatua de la Libertad, recuerden, fue un regalo de Francia.

Todo eso cambió cuando el 14 de septiembre del 2001 George W. Bush la visitó, se llevó a los labios un megáfono y dejó caer una de las amenazas más resonantes de su presidencia: “La gen-

te que tumbó esos edificios pronto tendrá noticias de nosotros”.

Desde ese momento, como si fuera por obra de un decreto presidencial, el destino de la Zona Cero estuvo ligado al orgullo norteamericano.

La pragmática cultura de construcción de la ciudad de Nueva York – que en tiempos normales está en deuda solamente con el dólar– tenía que levantar allí un símbolo nacionalista.

Ese conflicto tuvo efectos de largo alcance. Los primeros planes de Larry Silverstein para una reconstrucción al estilo negocios no terminaron en nada. Los primeros planes oficiales, también favoreciendo una sobriedad libre de símbolos, fueron destruidos en un foro público en julio del 2002. Esta crisis condujo al gobernador Pataki a buscar símbolos apropiados en una segunda competencia.

Daniel Libeskind, el arquitecto estadounidense de origen polaco, ganó aquella ronda a comienzos del 2003. En el plan de Libeskind, las paredes de los cimientos que sobrevivieron de las Torres Gemelas serían preservadas

como un nuevo monumento a Estados Unidos; ellas serían “tan elocuentes como la propia Constitución”, dijo cuando estaba presentando el plan, “pues afirmarán la durabilidad de la democracia”.

El rascacielos icónico de Libeskind –que el propio Pataki pronto denominaría la Torre de la Libertad– también recordaría la Declaración de la Independencia al tener una altura de 1.776 pies. (Estados Unidos se independizó de Gran Bretaña en 1776). En ese punto Libeskind fue intransigente. Sería el edificio más alto de los Estados Unidos, estaría entre los más altos del mundo, y Larry Silverstein no quería construirlo.

Ha habido otros contratiempos. Pero todo comienza a parecer que algo podría ser realmente construido, incluso tal vez para el décimo aniversario de los atentados del 11 de septiembre del 2001.

2006
Nueva York
Los promotores aún discuten aspectos de forma y de presupuesto para el nuevo proyecto en la Zona Cero.